

Los nuevos exorcistas de la deconstrucción

La tradición nos ha legado dos tipos de lector con los que, en ocasiones, nos identificamos. Uno, el más feliz, el más fresco y desenfadado, es el lector ingenuo, el saludable consumidor de signos impresos que sin atender a las secretas implicaciones de lo que lee se deja atrapar como un niño escuchando el cuento antes de dormir, seducido por las escenas imaginarias que nos transmiten los textos. Por naturaleza, este lector no encuentra nada de malo en su inocente pasividad y, por el contrario, descubre muchas recompensas en ser veleidoso e inquieto. Posee una memoria errática y frágil, una conciencia complaciente y bien dispuesta y, aunque es curioso, resulta fácil satisfacerlo. El otro, en cambio, no conoce ninguno de estos placeres primarios; o sí, pero sólo como un vago recuerdo de la infancia. Este es un ser atormentado por sus propios conocimientos, que rechaza la espontaneidad y desconfía de los signos. Es una especie de perseguidor, un inconfesado paranoide que, por un azar de su cultura libresca, ha establecido con todo lo que cae ante sus ojos una tortuosa relación en la que se mezclan las confusiones de su espíritu, los datos de su memoria implacable, sus juicios arbitrarios y esa sed sin contenido que le induce a querer descubrir detrás de lo que lee una voluntad no declarada, un error, una traición o una filiación intelectual que, por alguna razón, es preciso desvelar. Detrás de cada texto, este lector que en el fondo es profundamente infeliz, descubre otro texto y éste, a su vez, lo lleva a procurar un tercero donde, inevitablemente, repetirá el mismo procedimiento. En cierto modo, una exigencia del poder ha querido que la cultura universal esté fundada en este tipo de lecturas y sólo una ironía implícita explica que uno de estos lectores, entre los más excelentes en su género, haya podido hablar de su oficio como de encontrar el «placer del texto».

Como bien saben los antropólogos y los historiadores de la cultura, el nacimiento de la escritura está directamente relacionado con un determinado régimen de vida en sociedad y, en particular, con una forma de poder y una manera de ejercerlo cuyos orígenes se encuentran en las postrimerías del Neolítico. Puesto que, según parece, la escritura está ligada desde su nacimiento al poder, la distinción entre estos dos tipos de lectores que hoy en día pueden tipificarse claramente se estableció debido a las especiales ventajas que reportaban la lectura y la escritura a quienes dominaban los secretos del arte. Aquí habría que buscar la citadísima comunión entre saber y poder, sugerida por Bacon, toda vez que para saber es preciso convertirse en un apasionado de la escritura y por ello en un aspirante a ejercer el dominio sobre los demás.

La crítica textual —actividad en la que están enrolados una mayoría de los lectores paranoides— en cualquiera de sus versiones, desde la sacrificada aproximación filológi-

ca a un texto antiguo hasta las alturas de la hermenéutica filosófica, ha convertido la tarea de leer en una verdadera pesadilla. Resulta casi imposible acceder a un texto sin la intervención de algún intérprete o comentarista, entre otras cosas porque los mismos textos están contruidos sobre textos, que siempre es necesario desentrañar en un vano esfuerzo por alcanzar el sentido último de lo que se lee. Tanto es así que a nadie sorprende el que de buenas a primeras se haya proclamado la autonomía ontológica de los textos y se haya edificado sobre esta supuesta autonomía un mundo compuesto por infinitos entrelazamientos y nudos de discursos que forman una urdimbre cerrada que envuelve y atrapa la conciencia de cada lector, cautivo como la mosca en la telaraña.

Parece indiscutible, pues, que toda lectura, en el estado actual de nuestras letras, *deba ser* crítica y que quien se aventure por el territorio del conocimiento y aspire a saber, rechace la pasividad del lector ingenuo y se arme de cuanto tenga a mano para orientarse en la maraña.

La misma distinción que se aplica a los lectores puede ahora aplicarse a los críticos que, desde la entrada de la lingüística y el inconsciente en las ciencias humanas, también se dividen en ingenuos y paranoides. Entre los primeros se encuentran todas las variedades del idealismo y del materialismo, los sociólogos de la literatura y el pensamiento y, desde luego, los ideólogos. Para éstos, un texto constituye una versión incompleta de un estado de cosas, una referencia que aun siendo legítima en virtud de las reglas semánticas que impone el lenguaje, no expresa jamás la verdad de sí misma si, además del discurso y de lo que manifiestamente «dice», no cuenta con el soporte de un contexto de ideas, creencias, principios o usos lingüísticos a los que necesariamente hemos de recurrir para completar el sentido. Ni qué decir tiene que este terreno de la crítica, poblado de toda suerte de impresionismos y erudición, es una fuente inagotable de sorpresas, un marco amplio para la contienda intelectual y la opinión. Contra esta fórmula se levantó la crítica «paranoide», deliberadamente encerrada en el texto, encantada con la prodigiosa multiplicidad de recursos de significación que ocultaban los grafos. Para esta crítica era imperativo olvidarse de autores, novelas familiares, miserias y servidumbres a la tradición o la época, puesto que había que instalarse en el puro ámbito de los discursos y empeñarse en descubrir debajo de cada texto un esquema «estructurante», una fórmula aséptica, repetible, formalizable, una especie de *Ur-text* en la narración, o un signo fundacional como la unidad en la aritmética, una especie de talismán que convirtiera la algarabía de la crítica en una ciencia.

Situada sobre el fondo de esta discriminación entre lectores ingenuos y paranoides, entre críticos impresionistas y estructuralistas, la deconstrucción aparece como el paroxismo, el *non plus ultra* de la «infelicidad» en la lectura y como una alternativa de la cultura textual cuyas implicaciones y efectos aún no se vislumbran del todo. En cuanto se trata de una de las modalidades de la crítica, representa una forma, extrema, de la autoconsciencia en la producción de sentido. Como efecto, realiza la más radical subversión de la hermenéutica puesto que, en lugar de respetar el papel parasitario del crítico, lo entroniza, lo instala en la posición determinante, operando una suerte de venganza de aquellos a quienes John Steinbeck aplicará el odioso calificativo de «eunucos de la literatura».

Desde luego, una inversión de tanta importancia en cuanto a lo que, hasta ahora,

ha sido la relación sujeto/objeto en el marco de la crítica, para aspirar a un grado mínimo de credibilidad y respeto tiene que fundarse sobre bases sólidas y consistentes. La base de sustentación de las extravagancias metateóricas que se conocen con el nombre de deconstrucción está compuesta por el discurso especulativo con el cual se ataca al conjunto de la metafísica occidental, expuesto en los escritos de quien hasta el momento ha sido su inspirador y representante más destacado: Jacques Derrida.

Como quiera que el estudio de la obra de Derrida, un vasto cuerpo de agregados asistemáticos de ensayos reunidos en volúmenes de nombres crípticos y sugestivos¹ constituye una tarea ímproba para el más tenaz de los lectores, quizás convenga, para una determinación de qué alude y qué pretende la deconstrucción, aprovechar una carta del propio Derrida al profesor japonés Izutsu.² En esta carta, el pensador francés intenta facilitar algunas indicaciones y precisiones con objeto de facilitar la traducción del término en cuestión a la lengua japonesa que, como es obvio, nada tiene en común con el lastre fraseológico que ha hecho estragos en la historia del pensamiento de estas latitudes y que en las últimas dos décadas, bajo el influjo del amaneramiento cultural francés, se ha impuesto como estilo en la teoría. La carta tiene un especial interés por dos razones: en primer lugar debido a la imposibilidad manifiesta de establecer un código común entre Derrida y su correspondiente, lo que obliga al primero a «ir al grano»; y, en segundo lugar, porque la cuestión que se discute en ella es precisamente el problema de la traducción del término, con lo que el propio Derrida se ve obligado, hasta cierto punto, a esbozar una deconstrucción de la deconstrucción, toda vez que deconstruir equivale a una manera *sui generis* de traducir.

Un célebre apotegma de Spinoza decía: *Omnis determinatio est negatio*, o sea, cada vez que intentamos definir ejecutamos una elección que nos compromete en un rechazo. La definición derrideana de la deconstrucción procede según una línea inversa. Como no puede definir, ensaya la negación como determinación y, de paso, evita tener que ofrecer un flanco débil a la crítica. No se propone establecer qué es la deconstrucción sino más bien *qué no es*, por un procedimiento más ostensivo que analítico. Derrida comienza reconociendo que cuando escribía *De la Grammatologie* buscaba un término que retomase el propósito y el tema de la *Destruktion* o *Abbau* de Heidegger, una operación de desmonte y reconstrucción de los conceptos básicos de la ontología occidental, una idea de liquidación sin las implicaciones terminales de la demolición propuesta por Nietzsche y su martillo, a finales del siglo pasado. Aparentemente «deconstrucción» nació de esta necesidad y, como ocurrencia, parece haber sido inspirada por la aparición del término en el *Littré*, curiosamente, con todas las connotaciones que hoy en día tiene: por una parte, desmontar una construcción descomponiéndola en sus partes, y por otra parte reconstruir la estructura como una maquinaria nueva, distinta, de acuerdo con los principios que le han dado origen y que, en la demolición, poco a poco van saliendo a la luz. Digamos: la diferencia entre desmontar un reloj en la relojería y destriparlo con un golpe de maza. En un caso, el proceso supone recorrer el ca-

¹ Para una bibliografía completa de la obra de Derrida, así como para una selección de obras de crítica postestructuralista, véase la bibliografía al final de la obra de Jonathan Culler, *De la deconstrucción*, Cîteadra, Madrid, 1984.

² En *Alfabeta*, n.º 70. Milán, marzo de 1985.

mino inverso de la construcción, diseminando las piezas después de sacarlas de sus puntos de ajuste y fijación que, por otra parte, están dispuestos de acuerdo con un estricto orden de prioridad. Por este medio, aunque no sepamos absolutamente nada de relojería llegamos a conocer cuáles son las jerarquías implícitas en la construcción; literalmente, qué es lo que va primero y qué a continuación; literalmente, qué es lo que va primero y qué a continuación. En el otro caso, también obtenemos un conjunto de piezas pero, después del mazazo, no tenemos ni atisbo de cómo estaba montada la estructura.

La analogía se ajusta sólo en parte a las verdaderas aplicaciones del procedimiento (o *pregunta*, para atenernos a las precisiones derrideanas; recordemos que la deconstrucción es, en primer lugar, una manera de interrogar al texto). Reconocemos en la deconstrucción una forma de lectura, una lectura particular caracterizada por una *doble toma*, en sentido cinematográfico (*double take*, *double séance* no es «doble sesión» como torpemente se ha traducido)³. Una «toma» sigue los pasos gramaticales y sintácticos del texto, para descubrir sus jerarquías implícitas que esconden la necesaria retórica que subyace a toda forma discursiva. La otra «toma», la otra mirada, invierte estas jerarquías y esta inversión opera un doble efecto: por un lado, critica respetando estrictamente la regla de inmanencia (no hay *hors texte*, nada fuera del texto, reza la consigna derrideana), al poner en evidencia la retórica de la argumentación y, sobre esta toma, o al mismo tiempo, construye otra cosa, otro sentido que niega o contradice los supuestos que sostenían la construcción original.

El esquema de lectura no tiene nada de sorprendente: un pilar maestro sirve tanto para sostener un edificio como para echarlo abajo puesto que allí es donde hay que colocar la carga de demolición. Se acceda o se destruye un sistema por el mismo circuito: el problema es encontrarlo y, una vez hallado, saber qué se debe hacer con él. La tesis de Derrida es que este principio está de hecho oculto (o soslayado) en la metafísica occidental, cuyos discursos se apoyan en jerarquías axiológicas, conceptuales, lógicas, etc., encubiertas, que salen a la luz en cuanto se aplica al texto que las contiene una estrategia deconstruccionista. Los resultados son a veces desconcertantes puesto que después de la deconstrucción, el texto suele argumentar a menudo lo contrario de lo que presenta en su sentido manifiesto, lo cual viene a poner en cuestión qué se entiende cuando nos referimos a «lo que se manifiesta». A esto alude Frank Kermode cuando dice que el deconstructor difiere del crítico tradicional en que, mientras éste último se esmera por mostrar aquello que el texto parece querer decir al tiempo que oculta su información a los lectores,⁴ el primero se dedica a exponer qué es lo que el texto dice sin proponérselo, de ahí que sus resultados, que parecen guiados por una vocación de juego del crítico (con frecuencia el comentario no tiene nada que ver con el texto comentado) haya llevado a Ferrater Mora a situar en su *Diccionario de Filosofía* las voces «deconstrucción» y «Derrida» en relación con «lúdico», donde, entre otros asuntos, se agrupan desordenadamente distintas versiones y representantes del ensayismo filosófico español con lo que, dicho sea de paso, Derrida y su obra no tienen ninguna afinidad.

³ Cfr. «La Double Séance» en *La Dissémination*, París, Seuil, 1972.

⁴ Cfr. Frank Kermode, *The Genesis of Secrecy*, Harvard University Press, Boston, 1982.

Si deconstruir es un juego, sin duda es uno de los más engorrosos y aburridos que puedan concebirse.

La idea de un «de-construcción», según admite Derrida, no nació tan sólo de la necesidad de una re-presentación de la hermenéutica heideggeriana⁵ sino de la necesidad de formular explícitamente cuáles eran las limitaciones del estructuralismo que, en la época de gestación de *De la Grammatologie*, era el discurso hegemónico en Francia. Si el estructuralismo apelaba a «estructuras» que no eran formas, ni ideas, ni síntesis, modelos o patrones, deconstruir aludía en cierto modo a estas construcciones fantasmales pero ya no sólo para desentrañarlas sino para «de-sedimentarlas», «des-hacerlas», dice Derrida, aludiendo sobre todo a poner en evidencia la manera en que se habían constituido.

Por ejemplo, *De la Grammatologie* denuncia, a través de la deconstrucción del discurso de Saussure y Rousseau la discriminación que, a su juicio, ha sufrido la escritura respecto del habla, como lugar en que el ser se hace presente. O sea, en qué medida el discurso de la metafísica occidental encierra un esquema «logocéntrico» que ha puesto en lugar preponderante la *phoné*, relegando a un segundo plano el *gramma*. En esta denuncia, el enfoque derrideano ensaya una genealogía más que una crítica, ya que no sólo intenta poner en evidencia cuáles fueron las instancias de esta jerarquización sino además cómo devino posible y necesaria, en virtud de una cierta economía del ser, de la metafísica de Occidente, en cuanto la voz es el modo en que el concepto, que anida en la consciencia, se nos hace presente, inmediatamente, sin interferencias⁶ constituyendo el sistema que Derrida denomina del *s'entendre parler*, fórmula donde el verbo en francés (*entendre*) cubre los dos sentidos del «escucharse» y el «comprenderse».

Así es que, si la deconstrucción, como señala la carta, no es un análisis, ni una crítica en sentido kantiano puesto que la idea de *Krisis* y lo que hay de implicado de ella en el juicio (recuérdese el tribunal de la razón pura en Kant) también puede ser deconstruido; y tampoco es un método, pese a la tentativa de normalización en que parecen haberse embarcado algunos críticos de los EE.UU, ni un acto u operación, porque no depende de un sujeto de deliberación que asuma la iniciativa y la aplique a un objeto, la deconstrucción, dice Derrida, sólo puede pensarse como suceso, algo que acontece, representación que resume con una fórmula impersonal: *se deconstruye*. Esto quiere decir que para Derrida no existen «deconstructores» sino más bien un momento en la historia de la metafísica occidental en que la deconstrucción, como estrategia de la economía propia del ser, ha venido a suplantar lo que representamos en la oración predicativa clásica, *S es P*, donde queremos decir que S se nos *hace presente* o *se presenta* como P: el yo como *res cogitans*, en Descartes, el discurso racional, el *logos*, como nuestra propia voz que *presenta* nuestros conceptos, según la tradición «logocéntrica» que Derrida remonta a Sócrates y Platón.

El lugar para este suceso singular es naturalmente el texto que, merced a una larga

⁵ Con respecto al origen del término «deconstrucción» hay planteada una cuestión de autoría. Harold Bloom afirma haber sido él quien lo propuso a Derrida en una conversación mantenida en Yale. Cfr. la entrevista que publicó Aldo Tagliaferri en el n.º 64 de *Alfabeta*, Milán, setiembre de 1984.

⁶ De la *Grammatologie*, París, Minuit, 1967, pág. 17.